

espensas las plazas que allí tenían. Se hallaba ocupado en estas grandes obras, cuando supo la muerte de la reina Doña Blanca, su madre: la lloró amargamente; pero como cristiano, con una entera resignación en la voluntad de Dios, se puso de rodillas delante del altar, y dirigió á Dios estas palabras: "Señor, yo os doy gracias por haberme conservado hasta aquí una madre tan digna de todo mi afecto: esta era un presente de vuestra misericordia, tomadlo como un bien que os pertenece: yo no debo quejarme de esto: es cierto que yo la amaba tiernamente; pero si es vuestro agrado quitármela, vuestro nombre sea bendito en todos los siglos." Esta muerte le hizo pensar en volver á Francia, después de casi seis meses que habia salido de ella. Hizo sus últimas disposiciones; y habiendo puesto las plazas de la Palestina en estado de defensa, partió del puerto de Acre, el mes de Abril de 1254, llenó de las bendiciones de todo el pueblo, de la nobleza y de los obispos, que le condujeron hasta su navio. En el curso de la navegacion, el santo rey se ocupó en la oracion, en el cuidado de los enfermos, y en la instruccion de los marineros: sus ejemplos produjeron los mejores efectos: los ejercicios de la religion se practicaban casi con tanta regularidad, como en un monasterio. Desembarcó en Provenza, y tomó el camino de París, á donde llegó el día 5 de Septiembre. Uno de sus primeros cuidados, fué ir á dar gracias á Dios, á la Iglesia de San Dionisio, á la cual hizo magníficos presentes.

ell

(AÑO 1270 DE JESUCRISTO.)

SEGUNDA CRUZADA DE SAN LUIS.—SU MUERTE.

SAN LUIS, después de haber vuelto de la Palestina, no habia dejado la cruz, porque desde entonces meditaba una segunda expedicion, con el mismo objeto: las nuevas que recibió de este pais, lo confirmaron en esta determinacion. Después de su partida, los infieles habian vuelto á tomar una parte de las plazas que habia fortificado, y ejecutaban las mas grandes crueldades contra los cristianos que rehusaban abrazar el mahometismo. Este príncipe, después de haber arreglado los asuntos de su reino, declaró la resolucion que tenia de ir á socorrerlos. Empeñó á los príncipes y á los señores de sus estados, para que se cruzaran con él: sus discursos y su ejemplo hicieron la mas viva impresion en los espíritus, y el rey se vió pronto á la cabeza de un poderoso ejército. Se embarcó en el mes de Julio del año de 1270, y dirigió la vela ácia Tunez. Se determinó á conducir su ejército á este punto, porque el rey le habia hecho creer que abrazaria la religion cristiana, si no temiese por esto la revolucion de sus vasallos. Esta conversion parecia á Luis muy propia para facilitar el recobro de la tierra santa, que deseaba tan vivamente. ¡Oh, exclamaba algunas veces, si yo tuviese el consuelo de verme padrino de un príncipe mahometano! Pronto se desvaneció una esperanza tan lisongera, porque desde que los

cruzados arribaron á la Africa, el rey de Tunez hizo arrestar á todos los cristianos que estaban en la ciudad, y los amenazó con que haria cortarles la cabeza, si el ejército frances se aprocsimaba á la plaza. Como la ciudad de Tunez estaba muy fortificada entonces, y defendida con una numerosa guarnicion, Luis creyó que nada debia emprender hasta haber recibido los refuerzos que aguardaba, y se contentó con poner su ejército en parte donde estuviese libre de los insultos del enemigo, haciendo rodear su campo de fozos y empalizadas; pero á poco tiempo las fiebres malignas y las disenterias causadas por el calor escesimo del clima y por las aguas mal sanas, se propagaron entre sus tropas con tanta violencia, que el ejército se disminuyó casi la mitad. Al mismo santo rey tocó el contagio, y juzgó desde el primer dia que el ataque era mortal: nunca se mostró tan grande como en esta crítica circunstancia: á pesar del dolor que sufría, no interrumpió funcion alguna de su real dignidad: dió siempre sus órdenes con la misma presencia de ánimo que si hubiese estado con perfecta salud; y mas ocupado de los otros que de sí mismo, nada omitió para consolarlos: al fin quedó rendido, y con la necesidad de estar en el lecho. El príncipe Felipe, su hijo mayor, estaba siempre á su lado: San Luis, que le amaba, y que iba luego á cederle su reino, se esforzó cuanto pudo para darle las admirables instrucciones, que han llegado hasta nosotros, y comienzan de esta manera: "Hijo mio, la primera cosa que os recomiendo, es amar á Dios con todo vuestro corazon, y estar dispuesto á sufrirlo todo, antes que pecar mortalmente." Esto era lo que su vir-

tuosa madre le habia inculcado desde su infancia, y la máxima sobre que habia fundado la regla de toda su conducta. Pidió oportunamente los sacramentos, y los recibió con un fervor, que hizo derramar lágrimas á todos los asistentes. Cuando sintió aprocsimarse su último momento, hizo que lo acostaran sobre una cama cubierta de ceniza, en la que teniendo los brazos cruzados sobre el pecho, y los ojos fijos ácia el cielo, espiró, pronunciando distintamente estas palabras del Psalmista: "*Señor, yo estaré en vuestra casa; yo os adoraré en vuestro santo templo, y glorificaré vuestro nombre.*" Así murió el mejor de los reyes, cuyas virtudes no pueden admirarse sin bendecir la religion santa que las ha producido.

VIRTUDES DE SANTO TOMAS DE AQUINO.

SAN LUIS tenia un grande aprecio y amor á los religiosos de las dos órdenes nuevamente establecidas, esto es, á los frailes menores y á los predicadores. Admiraba el celo que tenían por la salud de las almas: su profunda humildad, su vida penitente y mortificada, y su perfecto desinterés: decia que si pudiese hacer dos partes de su persona, daría una á los hijos de San Francisco, y la otra á los de Santo Domingo. Santo Tomás de Aquino, nacido de una familia noble en el reino de Nápoles, hacia entonces el ornato y gloria de esta última orden. Recibió una educación conforme á su nacimiento, y según las miras de fortuna que tenían acerca de él:

lo enviaron á las escuelas mas célebres de Italia; primero á Monte Casino, y despues á Nápoles, en donde habia una floreciente universidad. El jóven Tomás manifestaba desde entonces los mas grandes talentos para las ciencias, y descubria las mas felices disposiciones para la virtud. Algunas conversaciones que tuvo con un religioso dominico, hombre lleno del espíritu de Dios, le hicieron concebir un ardiente deseo de entrar en esta órden, cuyo hábito tomó á la edad de 17 años. Informada de esto su familia, emprendió quanto pudo para hacerlo desistir de su resolucion; pero se mantuvo firme en ella: llegaron hasta el extremo de apoderarse de su persona: le aprisionaron y maltrataron; pero nada pudo hacerle variar. Por último, emplearon un medio, que solo el infierno pudo sugerir; y fué introducir en su recámara una cortesana, que creyeron propia para seducirlo: Tomás, horrorizado del peligro que corria su inocencia, llamó á su socorro al Dios de la pureza: tomó luego un tizon ardiendo, y echó fuera á esta muger deprabada, con indignacion. Despues de haber dado gracias á Dios por esta victoria, se consagró de nuevo á su servicio; y le pidió, con los ojos bañados de lágrimas, la gracia de no pecar jamás contra la virtud que el demonio habia intentado robarle. Su súplica fué oída, y en premio de su fidelidad recibió el don de una perfecta castidad: ademas, Dios permitió que le dejasen libre y árbítro para seguir su vocacion. Sus superiores lo enviaron á Colonia para que estudiase teología, bajo la direccion de Alberto Magno. Instruido por este hábil preceptor, hizo en poco tiempo grandes progresos en esta ciencia; pero los

ocultaba por humildad: hablaba poco por temor de que no tuviese entrada en su corazon el demonio del orgullo: su silencio pasaba por estupidez, y le llamaban por burla el *buey mudo*. Pero su maestro, que lo conocia mejor, juzgaba de él de otra manera, y decia á los burlones, que los doctos bramidos de este buey, resonarian algun dia por toda la tierra. No se engañó: Tomás, despues de haber acabado su curso, y recibido el grado de doctor, enseñó en París con el mas grande esplendor: compuso muchas y escelentes obras, que estendieron á gran distancia y por todas partes, su reputacion. El santo doctor atribuia su ciencia mas bien á la oracion que al estudio. Antes de componer, invocaba siempre el espíritu de Dios; y redoblaba sus súplicas cuando encontraba alguna gran dificultad que resolver. El papa Clemente IV le ofreció el arzobispado de Nápoles, que el santo doctor rehusó. El soberano pontífice cedió á sus instancias sobre este punto; pero le ordenó que concurriese al concilio convocado en Lyon. El santo doctor obedeció; y aunque entonces padeció una fiebre, no dejó de partir para Lyon; pero como él se agravaba, se vió precisado á contenerse en el camino, y murió en la abadía de Fosanova, en la diócesis de Terracsina.

VIRTUDES DE SAN BUENAVENTURA.

SAN BUENAVENTURA no honraba menos á la órden de San Francisco, que Santo Tomás de Aquino á la de Santo Domingo. Nació en Toscana, de

padres recomendables por su piedad: le pusieron por nombre Buenaventura, por una palabra que pronunció acerca de él San Francisco, para anunciar las gracias de que la divina misericordia le colmaria en lo sucesivo. Este hijo de bendición, á la edad de cuatro años, fué atacado de una peligrosa enfermedad: su desconsolada madre fué á recomendarlo á San Francisco, quien rogó por él, y le alcanzó la salud. Buenaventura, instruido acerca de este beneficio que recibió de Dios, lo apreció debidamente, desde que pudo conocerlo, y á la edad de veinte y dos años entró á la orden de los frailes menores, segun el voto que su madre habia hecho. Poco tiempo despues lo enviaron á Paris para que acabase sus estudios, bajo la direccion del célebre Alejandro de Halés, que era uno de los mas sábios religiosos de su orden. Buenaventura hizo rápidos progresos, y fué admitido al grado de doctor, junto con Santo Tomás, con quien llevaba una íntima amistad. Estos dos santos doctores se visitaban frecuentemente, y se tenian una recíproca y alta estimación. Un día, Santo Tomás, encontrando á su amigo ocupado en escribir la vida de San Francisco, no quiso distraerlo de su trabajo: "Dejemos, dijo, que el santo trabaje por otro santo, pues sería una indiscrecion interrumpirlo." Al cabo de siete años de profesion, lo eligieron para que ocupase la cátedra de teología, en lugar de Alejandro de Halés, y él desempeñó este empleo muy distinguidamente: dando las lecciones de esta ciencia sublime, se proponia formar, mas bien hombres cristianos, que sacar discípulos sábios: enseñando á éstos lo que se debe creer, les manifestaba con su ejemplo lo que

se debe obrar. Solo tenia treinta y cinco años, cuando lo hicieron, contra su voluntad, superior de su orden, que gobernó, en calidad de general, con mucha prudencia y capacidad. El papa Gregorio X, que le habia cobrado una grande estimacion por sus virtudes y por su talento, pensaba elevarlo á la dignidad de cardenal: el santo doctor, que sospechó este designio, procuró impedir su ejecucion, saliendo secretamente de Italia; pero una orden espresa del soberano pontífice, le obligó á volverse prontamente. Estaba en un convento de su orden, cerca de Florencia, cuando dos nuncios del papa vinieron á traerle el *capelo*: ellos lo encontraron ocupado en uno de los mas bajos ministerios de la comunidad: á esta vista manifestaron alguna sorpresa; pero el santo no tuvo ningun embarazo; y continuó en su presencia el oficio que habia comenzado; y cuando hubo concluido, recibió los distintivos de su nueva dignidad, suspirando; y no disimuló la pena que sentia de hallarse en la necesidad de cambiar las funciones apacibles del cláustro, por las temibles obligaciones que se le imponian. Poco tiempo despues, el papa mismo lo consagró obispo de Alvania, y le ordenó que se preparase sobre las materias que se debian tratar en el concilio general de Lyon. S. Buenaventura se dirigió al concilio, y predicó en la segunda y tercera sesion; pero cayó entonces en un desfallecimiento, y terminó su vida. Este santo ha dejado un gran número de obras, que respiran la piedad mas afectuosa, y es considerado, particularmente entre todos los doctores de su tiempo, como el mas grande maestro de la vida espiritual.